

## Experiencias de inclusión: presentación

**Ignasi Puigdemívol**

La mejor manera de entender la inclusión educativa es viéndola como un proceso. En efecto, no hace mucho más de una década que empezó a hablarse de la escuela inclusiva como de una forma de superación de determinadas concepciones de integración educativa en las que poníamos (debemos hablar en primera persona, por supuesto) demasiado énfasis en el carácter diferencial de las necesidades de determinados alumnos y en el carácter individualizado de los apoyos requeridos.

Pero el movimiento por la escuela inclusiva no se plantea únicamente como una reacción a los callejones sin salida a los que nos habían conducido algunos supuestos de integración, sino que se dirige a propiciar cambios en profundidad que afectan a todos los componentes del funcionamiento de la escuela. La escuela inclusiva propicia un cambio de enfoque que comporta auténticas transformaciones. No se trata ya de que la escuela y la actividad educativa que se desarrolla dentro de ella se adapten para acoger a determinados alumnos. Se trata de que la escuela se organice en función de los alumnos, de todos sus alumnos. Y estos son, en su mayor parte, los que le corresponden por proximidad, incluyendo también a quienes presentan cualquier discapacidad o alteración en el desarrollo.

La escuela inclusiva supone, pues, una opción en la manera de entender la educación y la función social de la escuela. Supone, lo veremos también en esta monografía, una manera de entender la participación. Y supone, por supuesto, el desarrollo de determinadas prácticas educativas que muchas veces rompen con lo que tradicionalmente ha sido y sigue siendo, en demasiadas ocasiones, el funcionamiento de la escuela. Estamos hablando, pues, de transformar la escuela y su contexto con el propósito de dar respuesta a las nuevas demandas educativas, tanto desde una perspectiva social (la diversidad del alumnado desde el punto de vista de su origen y su extracción social) como desde la individual, teniendo en cuenta las demandas educativas que formula la discapacidad, de las que la escuela no debe sustraerse.

Pero, lejos de constituir un modelo cerrado, las prácticas inclusivas han adoptado formas muy diferenciadas en las escuelas que las adoptan. No podría ser de otra manera, pues las situaciones educativas son muy complejas e idiosincrásicas y no admiten soluciones estandarizadas ni el consabido "café para todos". Aún así, conviene reconocer que las prácticas inclusivas sí tienen importantes rasgos en común, como la potenciación de la autonomía del alumnado (incluyendo obviamente al alumnado con necesidades especiales), su fundamentación en el trabajo cooperativo y en los grupos heterogéneos, la persecución de metas formativas elevadas y de una educación de calidad para todos, y la redefinición de los roles del profesorado y de los especialistas en el sentido de reducir al mínimo los apoyos individuales sistemáticos o la atención fuera del aula de los alumnos.

Sobre estas diferentes prácticas tratan los artículos recopilados en la monografía que presentamos y que se inicia con una experiencia de escuelas inclusivas llevada a cabo en Canadá. Concretamente la que se ha realizado en el distrito escolar de Woodstock (New Brunswick). Creemos que su análisis resulta de mucho interés, pues, a pesar de producirse en un contexto diferente al nuestro, la experiencia canadiense es de las que lleva más tiempo y rodaje, además de poder ser considerada una experiencia atrevida por los retos que ha asumido al tomar en consideración también al alumnado con graves discapacidades. Pero, sobre todo, porque dispone de un alto grado de sistematización y puede presentar ya con claridad los logros obtenidos. En el artículo inicial, pues, Gordon L. Porter describe y contextualiza esta experiencia, al tiempo que formula interesantes reflexiones sobre la educación y la escuela inclusiva.

María Ángeles Parrilla completa esta visión con un pormenorizado análisis del papel de la colaboración en las experiencias inclusivas, y lo hace en un artículo ya contextualizado en la realidad del sistema educativo español. Desde esta perspectiva la autora nos expone con claridad prácticas de colaboración y de apoyo entre profesores y profesoras, y también entre el alumnado, hace una interesante reflexión entorno a las redes escolares, y por supuesto no deja de lado el importante papel de la comunidad y del desarrollo de la colaboración dentro de ella. Termina su trabajo con unas referencias a la investigación colaborativa, que en el contexto de la inclusión educativa adopta su pleno significado.

Dolors Guix y Pili Serra, del CEIP Can Puig de Banyoles (Girona), nos exponen a continuación su experiencia de aprendizaje cooperativo, concretamente a través del juego, muy relacionado con las prácticas inclusivas. Cabe destacar, aparte los recursos concretos que describen con detalle, el replanteamiento del apoyo en este centro y, en consecuencia, de las funciones de la maestra o maestro de apoyo. A continuación, Elena Duque y Carme García Yeste, del Centro de Investigación Social y Educativa (CREA) de la Universitat de Barcelona, tratan del funcionamiento de los grupos interactivos en el marco de la experiencia de comunidades de aprendizaje, como fórmula para incentivar el aprendizaje que quiere alejarse de las que denominaríamos "fórmulas o medidas paliativas". Ponderan la importancia de la presencia de varios adultos dentro del aula, con el claro objetivo de conseguir el progreso de todos los alumnos, todo ello con gran independencia de sus diferentes puntos de partida (procedencia social y cultural) que a menudo se utilizan como justificativos del bajo rendimiento escolar.

Los dos artículos siguientes se dirigen a presentar diferentes estrategias organizativas del propio profesorado en las

escuelas involucradas en proyectos de inclusión. Así, Anabel Moraña, de la Universidad de Sevilla, y Rafael Bascón, del C.P. Federico García Lorca de dicha capital, abordan el proceso de formación emprendido por el profesorado de aquella escuela, con un pormenorizado análisis de los resultados obtenidos, tanto en forma de aprendizajes como de cambios en sus prácticas educativas. Por su parte, Juan Jiménez Heredero y Raimundo Ramos, profesores de primaria y secundaria, nos relatan su experiencia de apoyo basada en la acción colaborativa del propio profesorado, estrategia que identifican con las siglas GAEP (Grupos de Ayuda entre Profesores). En su artículo relatan y ejemplifican su experiencia y plantean finalmente el reto que supone su aplicación a los niveles de secundaria.

La monografía termina con una selección de documentos (bibliográficos y en línea) que pueden resultar útiles para ampliar los conocimientos sobre el tema que nos ocupa: la inclusión. Nuestro mayor deseo es que la monografía constituya un estímulo para que nuestras prácticas educativas progresen al ritmo de las necesidades que nos están planteando los importantes cambios sociales a los que profesoras y profesores no debemos asistir como meros espectadores. Y, como no decirlo, ojalá constituya un estímulo para no perder la iniciativa ni el radicalismo necesario para enfrentar con decisión las recientes y rancias políticas educativas dirigidas a potenciar un enfoque más selectivo que propiamente educativo en nuestras escuelas. Dichas políticas parecen el resultado de una falta de confianza tanto en las posibilidades de acción del profesorado como en las de progreso de los alumnos y alumnas. Ni una ni otra cosa podemos admitir. Ni un ni el otro prejuicio nos permitirían dar una respuesta consistente e inclusora a los males de nuestro sistema educativo, que sin duda los tiene.

**Hemos hablado de:**

Educación  
Escuela  
Enseñanza  
Experiencias inclusivas  
Atención a la diversidad  
Integración  
Sociedad

**Dirección de contacto**

Ignasi Puigdelívol  
Universitat de Barcelona. Dpto. De Didáctica y Organización Educativa